



MÁSTER DE INVESTIGACIÓN EN FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

**NACIONALISMO Y *TRUMPISMO*: HISTORIA DE UNA DUDA**

**AUTOR:**

ANTONIO BELLIDO CASTRO

**DIRECTOR:**

KLAUS SCHRIEWER

29 DE JUNIO DE 2021

*El nacionalismo no solo es una aberración moral; el nacionalismo es una estética falaz*

Octavio Paz, París. 1961.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5-7
1.1. EL NUEVO ORDEN NACIONALISTA.....	8-11
1.2. EL NACIONALISMO COMO CONTROVERSA.....	11-16
1.3. CONFLICTOS INICIALES DEL NACIONALISMO EUROPEO Y PLENITUD.....	16-22
2. NACIONALISMO NORTEAMERICANO.....	23-25
2.1. LOS ORÍGENES DEL <i>TRUMPISMO</i> : LA FUNDAMENTACIÓN DE SU LÍDER.....	25-27
2.2. EL PROBLEMA DEL TRUMPISMO.....	27-36
2.3. HACIA UNA PERSPECTIVA DE FUTURO DEL TRUMPISMO.....	36-37
3. CONCLUSIONES.....	38-39
4. BIBLIOGRAFÍA.....	40-42

## **RESUMEN**

Este trabajo versa sobre los nuevos nacionalismos que comienzan a hacerse un espacio primordial dentro de los Estados más importantes. Durante esta década hemos asistido a numerosas manifestaciones políticas y sociales, pero quizás ninguna de la dimensión política global del *trumpismo*. Desde su victoria en las elecciones de Noviembre de 2016, Donald Trump ha alcanzado los límites de su popularidad. Movimiento de masas como periodistas y críticos señalan, el trumpismo ha potenciado el sentimiento chovinista de la nación. Nuestro objetivo es analizar algunas de las premisas del nacionalismo para poder ahondar posteriormente en el problema conceptual del *trumpismo*. Buscamos, por tanto, las claves para definir el *trumpismo* y si existen significativas diferencias con el nacionalismo, hablando así de un nuevo movimiento político que se ha consolidado con una naturaleza propia o si se trata de una cuestión de marketing.

## **PALABRAS CLAVE**

Donald Trump, Nacionalismo, Política, Populismo, Trumpismo.

## **ABSTRACT**

We live in a new era for the universal politics: the era of nationalisms. In the last years, we have seen many varieties of nationalism emerge around the world, especially in Europe, yet no one is like Trumpism. Donald Trump, the political father of this trend, has also become the new agent of global politics. His neoliberal republicanism with die-hard ideas draw worldwide attention after he was elected US president in 2016. However, as 4 years later he lost second term elections, we should ask ourselves some questions like: What exactly is Trumpism and what did you mean by 'global politics'? Is this Trumpism a new way to make politics or is it just another version of the increasing nationalism in Europe?

## **KEY WORDS**

Donald Trump, die hard ideas, Nationalism, Politics, Trumpism.

## **INTRODUCCIÓN**

Tras su derrota en las últimas elecciones presidenciales frente al candidato Joe Biden, Donald Trump se ha visto expuesto a diferentes acusaciones sobre temas económicos personales, pero, sobre todo, a un proceso de exclusión *per vita* de la vida política norteamericana. Los estudios, muchos de ellos en proceso de publicación dada la actualidad del tema, buscan encontrar las respuestas y despejar las dudas que presenta el movimiento norteamericano que ha terminado por hacer temblar los cimientos de la democracia de su país.

El presente trabajo versará de un análisis del ya expresidente de los Estados Unidos, Donald Trump, y todo lo que concierne a su mandato en tanto a qué políticas se han aplicado durante esos cuatro años y su relación con la identidad nacional. Valoraremos los preceptos que dotan al *trumpismo* de su identidad política y si esta es una variedad y división del nacionalismo que viene resurgiendo durante la última década en toda Europa, llegando así a cruzar el charco hasta el continente americano. La cuestión que queremos abordar en mayor medida es la problemática conceptual de los términos, pues si bien asignar una definición precisa del nacionalismo es una ardua tarea, lo es de la misma forma entender qué es el trumpismo y si tiene una naturaleza propia.

## **JUSTIFICACIÓN DEL TEMA**

El planteamiento de este análisis ha sido propuesto dentro de la complejidad que supone para las Ciencias Políticas y la Filosofía Política delimitar qué es el nacionalismo y bajo a qué parámetros responde, incluyendo en esto los motivos de su resurgimiento a nivel mundial, aportando una serie de características principales que lo identifiquen. Por tanto, hemos querido aunar en un breve trabajo el problema conceptual del nacionalismo y, sobre todo, el significado del trumpismo para la política actual.

Por otra parte, si bien en Europa el nacionalismo despertó a inicios de la década pasada, y ahora mismo se encuentra en ebullición dada la cantidad de países que han visto la participación de dichos partidos en sus Congresos o Senados, en Estados Unidos, a pesar de una fuerte representación republicana cada pocos años, el nacionalismo puede que haya llegado durante los últimos cuatro años de la mano de Donald Trump.

Sabedores de que esa actualidad del tema puede jugarnos un punto en contra dado que no ha pasado el tiempo suficiente para la publicación de numerosos trabajos dentro de los campos referidos, queremos atajar el problema de raíz para así acotar los términos y englobarlos dentro de sus respectivas ideologías. La actualidad que exige una investigación como esta requiere de una atención diaria ya que los procesos del exmandatario no concluyen y sus resoluciones pueden marcar la tendencia de las crisis social que presenta actualmente el país de las barras y estrellas.

## **OBJETIVOS**

Previo análisis al trumpismo debemos incurrir en qué es el nacionalismo. Diferentes miembros de la Filosofía Política y de las Ciencias Políticas difieren a la hora de establecer una clara definición acerca de este movimiento ideológico y político. Uno de nuestros objetivos es poder acercarnos a explicaciones que representen el concepto del nacionalismo, entendiendo que no existen unas líneas canónicas dentro y definidas sobre del propio término y valorar las características comunes que presentan todas sus variantes: desde el nacionalismo estatal hasta el regional, entre otros. Una vez desarrollada esta tesis, conviene realizar una sección que será el eje del proyecto: el trumpismo. Para ello es necesario deslindar lo concerniente a la figura y línea política que ha llevado a cabo Donald Trump desde su elección en 2016 hasta finales de 2020. ¿Es el llamado *trumpismo* una verdadera variante del nacionalismo con características propias? ¿O acaso solo es producto de la necesidad periodística y política del ex gobierno de los Estados Unidos para crear una diferencia a modo de llevar a cabo un propósito de excepcionalidad? Nuestras tesis buscarán los elementos que puedan resultar concluyentes a la hora de responder a estas cuestiones.

## **PROCEDIMIENTOS DENTRO DEL TRABAJO DE FIN DE MÁSTER**

En el presente análisis hemos querido priorizar zonas geográficas específicas por la imposibilidad de abarcar el conjunto de nacionalismos a nivel global. Esta tarea se resumiría, no ya en un trabajo como tal, sino en la publicación de un libro que recogiese todo lo que ha generado el nacionalismo en todas sus instancias desde sus comienzos en el siglo XIX. Por tanto, la selección del recorrido histórico del nacionalismo la

concretizaremos en Occidente dada el carácter inabarcable del mismo y la proximidad política y económica de los Estados Unidos con el continente europeo. Por otra parte, para comprender el instante en el que el trumpismo ha dado a luz, debemos contextualizarlo, lo que nos deriva directamente a la Europa de mediados de década pasada donde VOX en España, Lega Nord en Italia y el Frente Nacional de Le Pen en Francia, entre otros, han alcanzado sus máximas hasta ahora en popularidad e intención de voto.

Queremos señalar también la dificultad a la hora de la selección de la bibliografía dado el tiempo reciente en el que se ha producido el nacimiento y explosión del *trumpismo*. Esto nos ha obligado a valorar en su mayor medida artículos periodísticos y académicos en lugar de fuentes como libros dado que su respectiva publicación en muchos casos no se ha producido. Al contrario que con el trumpismo, sí hemos podido observar una buena base académica en lo que al nacionalismo se refiere dado el problema en su conceptualidad en sí.

## 1.1. EL NUEVO ORDEN NACIONALISTA

El 7 de Noviembre de 2020, el representante del Partido Demócrata, Joe Biden, se proclamaba ganador de las elecciones presidenciales en Estados Unidos al derrotar al líder del Partido Republicano, Donald Trump, en uno de los comicios más polémicos de la historia de la democracia norteamericana. La victoria demócrata supuso el fin de un mandato caracterizado principalmente por la controversia diaria que suponía el liderazgo de Donald Trump quien, con sus políticas proteccionistas, de lucha contra la inmigración, desacreditación de Organizaciones Internacionales como la OMS o la OMC, etc., llevó a la democracia estadounidense a una profunda crisis social<sup>1</sup> que parece que perdurará durante los años venideros. El legado de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos puede que no haya hecho más que empezar, pues al margen de los datos económicos que deja: un crecimiento económico que oscilaba entre el 2,3 y el 2,9%, mejorando así los datos previos a su llegada al poder; una deuda federal que ha aumentado casi un 30% con respecto al 2016 producto de la agresiva política fiscal, y una de las mejores tasas de desempleo de los últimos años (3,5%), los mayores *think tanks* de Estados Unidos hablan de una herencia de desencuentros sociales, llegando a catalogarla como una de las mayores crisis sociales del último siglo en el país norteamericano. Sin embargo, para comprender todo lo que ha supuesto el mandato de Donald Trump debemos situarnos temporalmente a mediados de la década pasada, donde comenzó el camino del ya conocido como *Trumpismo*.

Tras varias apariciones públicas de lo más controvertidas afirmando que iba a acabar con la inmigración y devolvería la gloria a su país, Donald Trump anunció su precandidatura en el año 2015 en la ciudad de Nueva York dejando un claro mensaje: «*We are going to make our country great again*». Su discurso no dejaba dudas; los años de incontestable dominio de los Estados Unidos en el panorama mundial erigido como la mayor potencia económica, social y armamentística parecía tambalearse dada la competencia surgida desde Oriente. Trump, rodeado de una corte formada por el ala más conservadora del Partido Republicano, lanzó un mensaje no solo a la ciudadanía norteamericana sino a toda la población mundial. Había venido para quedarse y para reclamar lo que a Estados Unidos le pertenece: el trono de la economía mundial.

---

<sup>1</sup> Se puede hablar aquí de la crisis social ya existente en Estados Unidos: realmente Trump no deja un país en crisis social porque lo haya dejado así; se convierte en Presidente precisamente porque EEUU ya está en crisis.



Su campaña presidencial no pudo ser más llamativa: desde las descalificaciones a personas con discapacidad física, burlas a las víctimas de violación, los calificativos intrínsecamente relacionados con la comunidad de habla hispana procedente de México tales como violadores, corruptos y ladrones, etc. La *orgía discursiva* de Donald Trump era un reclamo no solo para sus fanáticos: lo era también para sus detractores. En pocas semanas, consiguió crearse su propio ejército de incondicionales que repetían mantras convertidos ya en bandera del republicanismo: tanto el «*make América great again*» como el «*América first*».

Mientras Trump coleccionaba adeptos por toda la geografía norteamericana y aplastaba a sus rivales en la carrera por ser el representante republicano, la otra cara del país se debatía entre Hillary Clinton, «la heredera de Barack Obama» y Bernie Sanders, el mayor exponente del laboralismo en los últimos años de democracia norteamericana. Las encuestas seguían proporcionando una clara victoria de los candidatos demócratas sobre el partido republicano en las duplicidades que ofrecía la BBC, eludiendo quizás el nacimiento de un nuevo movimiento que nacía de las entrañas del país. Finalmente, Hillary Clinton se proclamaría ganadora y se batiría en un duelo electoral con el que a la postre se convertiría en el Presidente número 45 de la historia de los Estados Unidos. La victoria de Trump<sup>2</sup> supuso un auténtico cataclismo para todo el mundo de la política dado el cumplimiento de sus promesas más extravagantes: desde la creación del muro en la frontera con México, la negación del cambio climático y la cancelación del Tratado de Libre Comercio con Europa. Ahora bien, estos condicionantes de la nueva política norteamericana, al margen de la creciente polémica desatada en el país que derivaría en la actual crisis social que afronta dicho estado, no solo son producto de un proyecto de gobierno que resultó vencedor: es el resultado del movimiento social que durante la década pasada y comienzos de esta ha monitorizado todos los estudios sociológicos publicados sobre los Estados Unidos.

La estancia de Trump en la Casa Blanca duró, como ya sabemos, cuatro años, al no poder imponerse a Joe Biden durante las últimas elecciones celebradas en Noviembre de 2020<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Cabe destacar que a pesar de que en número de votos totales Hillary Clinton ganó a Donald Trump, este último consiguió alzarse con el Senado, la Cámara de los Representantes y la Casa Blanca, obteniendo así plenos poderes para con el estado.

<sup>3</sup> Es uno de los cinco presidentes de la historia de Estados Unidos que no ha sido reelegido tras su mandato. Por orden: Herbert C. Hoover (que claudicaría ante Franklin Roosevelt), Gerald Ford (que nunca

El resultado final (que tuvo que esperar hasta mediados de Enero para conocer el fallo acerca de quien se llevaría los plenos poderes en el Senado) ya lo sabemos: Joe Biden consiguió hacerse con el control del gobierno de los Estados Unidos mientras que Trump, por su parte, trató de boicotear el resultado aludiendo a un amaño en las elecciones, exigiendo una repetición con la amenaza de recurrir ante los tribunales con tal de llevar a cabo su propósito. Una vez no recurrido a esto (aconsejado por sus asesores y abogados), se encuentra a la espera de la resolución del segundo *impeachment*<sup>4</sup> al que él mismo se niega a participar.

Tanto la negación a la declaración en el *impeachment* como las desacreditaciones a ciertas entidades internacionales y la política antinmigración han sido el itinerario esencial de la política *trumpista* y de una de sus mayores armas: el *discurso*. Donald Trump, en medio de las distintas convergencias políticas que supone el cargo del partido republicano (representantes puramente cristianos, liberales económicos, proteccionistas, ultra conservadores, etc.) logró alcanza una popularidad desmedida, superando los índices de popularidad en casi un 9% unos meses después de ser elegido como Presidente (a pesar de esto, su popularidad descendió gravemente durante los últimos tiempos debido a las consecuencias que trajo consigo la pandemia del coronavirus). Este dato resulta significativo a la hora de comprender hasta qué punto la sociedad estadounidense ha sido capaz de seguir los mandatos de su líder y la respuesta que esta le dio durante las elecciones de 2020 donde, como ya hemos comentado, a pesar de perder, las encuestas apostaban con una victoria holgada de Joe Biden; si bien al final el candidato demócrata pudo ganar por algunos estados de diferencia, hasta altas horas del día, los comicios hablaban del *sorpasso* republicano.

Ya en los primeros mítines de Donald Trump pudieron mostrarse algunos de los itinerarios que sería la seña de identidad del mandatario. Sin embargo, dentro de todos los elementos discursivos empleados y el pragmatismo de su mensaje, resalta uno por encima del resto ya que supone la línea política que seguiría el presidente durante toda la legislatura: la apelación a la *bandera*. Su defensa de los valores tradicionales norteamericanos, sumados a la nostalgia de tiempos en los que la hegemonía del poder

---

ganó unas elecciones y caería ante Jimmy Carter); precisamente sería Jimmy Carter quien perdería las siguientes elecciones contra Ronald Reagan. Finalmente, George W.H. Bush le cedería el cargo al candidato demócrata Bill Clinton en 1992.

<sup>4</sup> El anglicismo *impeachment* designa el procedimiento, característico de algunos sistemas políticos, por el que un órgano legislativo procesa a un alto cargo para una eventual destitución. Recuperado de: <https://www.fundeu.es/recomendacion/proceso-de-destitucion-impeachment/>

mundial era indiscutible, hicieron de la campaña de Donald Trump la personificación y el resurgimiento del *nacionalismo*. En un momento en el que Europa comenzaba a atisbar el renacer de dicho movimiento político con Marine Le Pen en Francia, Santiago Abascal en España, Orbán en Hungría y Mateo Salvini en Italia, cruzando el Océano Atlántico, las raíces nacionalistas brotaban ya en América; Estados Unidos nunca ha dejado la estela *chovinista*, pero resulta sorprendente ver cómo un país construido desde la inmigración ahora reniega de ella. Dentro del conflicto social norteamericano, el nacionalismo ha jugado un papel clave para el desarrollo de los nuevos movimientos políticos: ha acrecentado en cierta medida la confrontación social en un panorama que espera en los años venideros ver como la gran democracia de Occidente se «*desamericaniza*»; no en vano, datos ofrecidos por la Oficina del Censo hablan de una minoría blanca antes del 2050 como estaba previsto: chinos, hispanos, etc. ocuparían el espacio mayoritario dentro de las comunidades estadounidenses<sup>5</sup>.

Estos movimientos migratorios han sido el pretexto necesario para que se corporizase el reclamo a la *identidad nacional*. Estados Unidos parecía sentirse perdido ya que sus valores identitarios comenzaban a decaer en pos de los efectos de la globalización, y ante tal descontento, el nacionalismo llegó para ocupar un lugar dentro del espectro político nacional insustituible. En otras palabras: encontraron en Donald Trump y su discurso un valedor de la *defensa de la nación*. Parte de la sociedad norteamericana despertó al *gigante nacionalista* quizás sin darse cuenta, pero siendo totalmente conscientes de la necesidad de que su país recuperarse el control de mandos de una política internacional que hasta hace una década les pertenecía.

Donald Trump ha heredado los principios de un movimiento nacionalista que vivió sus mejores años durante el siglo pasado. Esclarecer a qué responde el nacionalismo es un imperativo que no debemos pasar por alto, comprendiendo así tanto a qué definición le corresponde como a los efectos que impulsaron su principio y resurgimiento. Acercándonos a estas cuestiones podremos conocer en mayor medida los motivos de la creciente popularidad del *Trumpismo* y a bajo qué órdenes sociales actúa dicho movimiento. ¿Es acaso el Trumpismo una escisión del nacionalismo y, por consiguiente, una ideología propia?

---

<sup>5</sup> Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2008/08/14/actualidad/1218664806\\_850215.html](https://elpais.com/internacional/2008/08/14/actualidad/1218664806_850215.html)

## 1.2. EL NACIONALISMO COMO CONTROVERSIAS.

A comienzos de siglo XX ya Ortega y Gasset se refiere al nacionalismo como una realidad conceptual dentro de la filosofía moderna citando a los pioneros (Adam Smith en *La riqueza de las naciones* (1776) o el *Leviatán* (1671) de Hobbes, entre otros) en lo que a la nación se refiere. En esa época y ante el desarrollo nacionalista, el discurso *orteguiano* se valió de un completo rechazo a dicho movimiento: «es deplorable el frívolo espectáculo que los pueblos menores ofrecen» (1930: 277). Esta visión de los pueblos menores a los que alude Ortega no son más que la prueba de la pervivencia de las distintas realidades dentro de una Europa que tornaba heterogénea con el paso de las décadas. Como fuente defensora de la identidad de la nación, el nacionalismo ha utilizado la crítica hacia su propio movimiento como defensa de aquellos que han querido vulnerarlo redirigiéndola hacia el concepto de nación. Esto produce una confrontación y polarización en términos políticos de una ideología que siempre se ha manifestado en favor del país al que representaba. Por tanto es primordial caracterizar en primer lugar la cuestión de la nación antes de entrar a valorar el problema del nacionalismo. Benedict Anderson se refiere a la nación como: «una comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana» (1993: 23). Ya existe además en esa noción inventiva de la comunidad para Anderson un principio de comunión: «Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni los oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de la comunión» (1993: 23). Esa convivencia estrechará los vínculos de una sociedad que, en favor del nacionalismo la protegerá dada la idea de la pertenencia y la lealtad.

El nacionalismo sigue siendo una de las asignaturas pendientes de la Filosofía Política. Como señala Andrés de Blas Guerrero: «es una realidad difícil de aprehender en el marco de una teoría explicativa de carácter global» (1994: 16). Más concreto se muestra cuando menciona su idiosincrasia y su situación espacial dentro del espectro político:

«El deslizamiento hacia la derecha de una parte importante de los nacionalismos europeo-occidentales a partir de finales del siglo pasado nos pone en la pista del significado de unos nacionalismos conservadores y reaccionarios llamados en muchos casos a convertirse en expedientes de legitimación preferidos por los regímenes autoritarios y totalitarios surgidos en el período de entreguerras» (1994: 17).

Uno de los problemas del nacionalismo es el intrincado estudio que debe llevarse a cabo para su resolución conceptual, es decir: delimitar su significado y el contexto que lo rodea. A pesar de la inexactitud que muestra la definición aportada por de Blas Guerrero que acabamos de señalar, Hans Kohn si se mantiene firme en su estudio acerca del paradigma nacionalista: «¿Qué es el nacionalismo? El nacionalismo es un estado de ánimo en el cual el individuo siente que debe su lealtad suprema al Estado nacional» (1966: 10). Claro está que dentro de ese «estado de ánimo» debe existir un sentimiento de pertenencia, de identidad; de ahí que cohabite con la propia «lealtad». Sin embargo, más prudente se muestra al referirse a las nacionalidades: «Las nacionalidades son el producto de las fuerzas vitales de la historia y, por lo tanto, son fluctuantes y nunca rígidas. Son grupos de suma complejidad y es difícil definir las con exactitud» (1966: 11). Ahora bien, ¿si la acepción de la nacionalidad resulta tan compleja, no lo será en mayor medida el reconocimiento del nacionalismo hacia una entidad de una dimensión inabarcable como lo es la nación? Es el marco de la propia nación lo que va a dotar al individuo de sentirse representado por un conjunto de normas dentro de una comunidad. Esta comunidad además, deberá serlo de iguales<sup>6</sup>, de un núcleo formado por las mismas raíces que convirtieron a ese sujeto que representa los valores tradicionales del país en la viva imagen del Estado. Por tanto el individuo construirá un nuevo espacio donde pueda convivir con sus supuestos «iguales» para defender y fortalecer los signos representativos del Estado: la lengua, el territorio, las costumbres y las religiones comunes, principalmente. La conjunción de los términos referidos resulta el constructo de la identidad nacional, de la pertenencia a la nación con la que se ha visualizado.

La lengua es quizás la seña más relevante y la que ha sustentado en mayor medida el nexo entre el individuo y la nación. La facilidad y obligación que permite tener una lengua común hizo de los habitantes de las naciones modernas el poder comunicarse con mayor fluidez, lo que a la postre significaría crear lazos en materia fraternal. Claro está que esto solo debe entenderse bajo el marco de una nación en la que la propia lengua juega un papel crucial y unificador, puesto que existen casos de países en los que la lengua ha contribuido a una mera diferenciación de los distintos pueblos que los conforman. Nos remitimos, por ejemplo, al caso de Suiza o de Bélgica, donde existen varias lenguas

---

<sup>6</sup> Existe aquí una contradicción en los principios nacionalistas. El nacionalismo entiende a la sociedad como una unificación basada en la igualdad de sus individuos pese a que existan claras diferencias entre nosotros como el poder adquisitivo, las clases sociales e incluso la pertenencia a diversos grupos culturales

vehiculares divididas geográficamente según las cercanías fronterizas. Esto no solo choca directamente con los principios básicos del nacionalismo, sino que lo hace incomprensible en determinados estados. Esta división lingüística puede explicarse como una extensión territorial. Su posición central en el mapa europeo ha terminado por convertirse en la convergencia de todos los países que lo rodean para terminar proclamando una riqueza cultural difícil de asemejar a otro estado, aunque, como decimos, esto cree una nueva problemática nacionalista dentro del paradigma del establecimiento de los valores identitarios de Suiza, como pueden ser la pertenencia a un Estado donde existe una democracia directa y la misma identidad política. Esto añade una muesca a la dificultad de la concepción nacionalista en los términos citados ya que el territorio se erige como pieza esencial. Sin territorio no existe el nacionalismo puesto que el individuo no puede prestar «su lealtad» al Estado, por lo que las divisiones federales o los países con mayor intercambio migratorio son las que más sufren a la hora del establecimiento del nuevo estado.

El nacionalismo ha combatido históricamente contra el flujo migratorio. Más si cabe en nuestros días en los que la globalización hace que se desvanezcan los elementos culturales más particulares en detrimento de una adaptación al medio por parte del migrante. Esto supone la firme delimitación de las fronteras territoriales de cada estado, creando una esfera fronteriza que sirva no solo como defensa de los pueblos acogidos sino como *dotadora de identidad*. Esto se resume en la bandera, el propio nombre del país y la tradición histórica que él conlleva. De nuevo, en palabras de Hans Kohn: «El nacionalismo es inconcebible sin anteponerle la idea de la soberanía popular, sin una revisión completa de la posición del gobernante y de los gobernados, de las clases y castas» (1944: 17). Pese a esto, y como citábamos con Suiza, existen problemas territoriales que dificultan la formación del proceso nacionalista. Lejos del país cantón, uno de los ejemplos más claros es el de Bélgica, uno de los países con mayor integridad social dentro de los que poseen una ingente cantidad de pequeños grupos étnicos que terminan por confirmar un estado. El caso de nuestro país con Cataluña es más resoluble (no en términos políticos sino en lo conceptual). Desde su fundación, el Principado de Cataluña ha vivido enfrentado al mando del Estado español. Ya en la Edad Moderna, a comienzos del siglo XX fueron uno de los primeros movimientos revolucionarios independentistas de comienzo de siglo al que se unirían desde el País Vasco hasta Andalucía. Mientras los movimientos nacionalistas en otras regiones de España caían con

el paso del tiempo hasta convertirse en una cuestión ínfima dentro del espectro político nacional, el nacionalismo catalán vive hoy en día sus momentos más populares con el gobierno de sus partidos representantes. Como decimos, este nacionalismo tiene una explicación epistemológica más sencilla: existe una identidad catalana fundamentada bajo el sentimiento de pertenencia que ha traído la lengua catalana, la tradición y el cultivo de protección interno al regionalismo catalán que se ha visto favorecido por una representación estatal que ha permitido la búsqueda de favores políticos con los partidos hegemónicos. Finalmente, nos remitimos en este caso a los itinerarios citados con anterioridad, por lo que el *nacionalismo regional* (al menos el catalán) puede entenderse como una escisión o pequeña parte de la mayúscula denominación nacionalista.

En lo referente a las costumbres debemos advertir la dificultad que supone el análisis historiográfico de diferentes etnias que crean estados modernos. Hans Kohn señala en su libro *El nacionalismo: su significado y su historia* (1966) que ninguno de los signos anteriores (lengua, territorio, costumbres, y religión) son esenciales para la formación de una nación. Al margen de la interpretación que podamos hacer de esto, compartimos que algunos de esos signos son más plausibles que otros, sobre todo entendiendo la evolución del nacionalismo del siglo XX. ¿De qué tradición pueden beber los norteamericanos cuando EE. UU. es el producto de una fusión cultural? La tradición dota al nacionalismo de una firmeza y de un concepto historiográfico de respeto o solemnidad. En el caso de Italia, por ejemplo, su escasa unidad hasta el manifiesto del nacionalismo italiano de Mazzini fue la negación de unas características comunes que les unían sin que ellos fueran conscientes de esto. Con la resolución y posterior unificación de los estados que formarían la Italia que conocemos, el nacionalismo italiano que recogería a comienzos del siglo XX Benito Mussolini defendería los valores identitarios de su país, que actuarían no solo como diferenciación sino como argumento discursivo para defender la grandeza de su territorio.

Por su parte, las religiones no han sido un obstáculo prioritario dentro de las vicisitudes nacionalistas modernas, al menos en lo que a Europa se refiere. El catolicismo solo ha encontrado «rival» en su pariente protestante, por lo que apenas han podido influir en la creación de los estados y los movimientos nacionalistas. Sí debemos destacar el papel de la religión como interpretación histórica durante el periodo de entreguerras, aunque en términos políticos. La Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini se

posicionaron en contra de las religiones, pero el último entendió la necesidad de la convivencia con ella en un país donde juega un peso fundamental. No así ocurrió con la España de Franco, legada hasta el fin de sus días a la Iglesia Católica.

### 1.3. CONFLICTOS INICIALES DEL NACIONALISMO EUROPEO Y PLENTUD

El nuevo modelo nacionalista, explotando sus raíces ya en el siglo XIX, no logró asentarse dentro del espectro político dada la explosión coetánea del liberalismo y el socialismo, al menos hasta finales de siglo XIX. De hecho, los postulados modernos, especialmente los liberales que mencionaban de manera abstracta el concepto de «nación», lo hacían de un modo simbólico puesto que las bases de la propia *nación moderna* no se habían constituido. Fue la necesidad de aglutinar itinerarios culturales y etnias lo que llevó a los distintos grupos a tratar de conformar un modelo político basado en la *identificación geográfico-política y lingüística*, dotándolo así de estructuras sociales.

El socialismo, por su parte, una vez reivindicado su movimiento durante la II Internacional, defendía a su vez el universalismo, lo que confrontaba de manera directa con el nacionalismo. Entendemos de este modo que la defensa del internacionalismo no solo se trataba de una mezcla de etnias en favor de una perfecta comunión, sino que la relevancia de los poderosos Estados europeos afianzaba continuamente su progreso en la expansión y colonización. La ingente cantidad de revoluciones postuladas en el siglo XIX sirvieron como pretexto a los primeros nacionalistas modernos que buscaban una autodefensa no solo ideológica sino también la correcta gobernabilidad. Esta «defensa» se fundamentaba en la necesidad de obtener materias primas y una fuerte financiación para paliar el conflictivo periodo del siglo XIX.

A finales del siglo XIX, el nacionalismo comienza a presentar una *identidad* política. Esto se fundamenta en una idea común, lejos de las dificultades que supuso el modelo propuesto por Giuseppe Mazzini<sup>7</sup>. Como señala Eric Hobsbawn en *Nation and nationalism since 1780*:

---

<sup>7</sup> Giuseppe Mazzini, uno de los ideólogos del nacionalismo europeo y defensor de la reunificación de Italia. Sus ideas no terminaron de cuajar en el mapa de la Europa del siglo XIX debido a las distintas necesidades de los países. Pese a esto, sentó las bases del nacionalismo moderno.



«The nationalism of 1880-1914 differed in three major respects from the Mazzinian phase of nationalism. First, it abandoned the «threshold principle» which, as we have seen,, was central to nationalism in the Liberal era. Henceforth any body of people considering themselves a Nation claimed to self determination which, in the last analysis, meant the right to a separate sovereign independent state for their territory. Second, and in consequence of this multiplication of potential unhistorical nations, ethnicity and language became the central, increasingly the decisive or even the only criteria of potential nationhood. Yet there was a third change which affected not so much the non-state national movements, which now became increasingly numerous and ambitious, but national sentiments within the established Nation-states: a sharp shift to the political right of Nation and flag, for which the term nationalism was actually invented in the last decade(s) of nineteenth century. Renner`s quotation represents the first two, but (coming from the left) very distinctly not the third of these changes» (1990: 102).

Debemos señalar dos aportes históricos de las apreciaciones de Hobsbawm: En primer lugar, la necesidad de comunión con los miembros de tu propia *lengua*, seguramente el elemento diferencial a la hora de la constitución de cualquier modelo territorial. La lengua marca un umbral definitorio para la diferenciación entre ese «*nosotros*» defendido por el nacionalismo y el «*ellos*». La lengua, no solo simboliza la unidad y conjunción de habla para dar sentido a la «fraternidad» entre los miembros de una misma comunidad política, sino que establece el código por el que deben seguirse las normas dictadas por la Administración, siendo así el nexo de las estructuras sociales. Por otra parte, a comienzos de siglo XX, donde los grandes imperios modernos habían prácticamente desaparecido, existían en cantidad pequeñas agrupaciones o etnias reclamantes de una identidad nacional, lo que nos lleva directamente a esa segunda señalización del concepto de «bandera» como representación de dicho conjunto de individuos, en muchos casos, por primera vez organizados territorialmente con una frontera propia, aunque en este último caso podemos referirnos a las palabras de M. Hroch (recogido por de Blas Guerrero) para esclarecer ese modelo de nación cultural carente de unidad etnográfico:

«El segundo modelo de nación sería el cultural, propio de pequeños territorios sin una tradición de nacionalismo «dinástico» o protonacionalismo. En estas entidades territoriales no ha existido una clase gobernadora surgida del grupo étnico localmente mayoritario, ha

faltado una precisa delimitación administrativa y no se ha manifestado de modo acusado una tradición de producción cultural propia» (1994: 26).

Esta transición moderna desde el comienzo del nacionalismo en rivalidad constante con el liberalismo y el socialismo terminó por consolidar dicho movimiento político a comienzos de siglo XX, donde alcanzó su máximo esplendor, especialmente en el periodo de entreguerras puesto que el Imperio Austrohúngaro, eje de la representación del conglomerado de multiplicidades étnicas caería al finalizar la Primera Guerra Mundial.

A finales de la Primera Guerra Mundial, los otros grandes Estados Europeos habían caído. La derrota de Alemania y los conflictos internos de naciones como la Rusia zarista motivó a las clases sociales más desprotegidas a la lucha contra el sistema imperante, reclamando así una *protección* no solo de ellos mismos, sino de su identidad nacional, es decir, del sentimiento de pertenencia a una comunidad que se convirtió en la agrupación de un imperio multilingüe y multiétnico. Los grupos sociales y etnias, confabuladas bajo el signo de una hermandad que les aseguraba, no solo la consistencia de la unidad nacional, sino la pervivencia de su comunión cultural, decidieron luchar en favor de su representación territorial, de su *comunidad*.

La devastación causada por la Primera Guerra Mundial llevó a los estados modernos a una etapa de reconversión económica. En la medida de lo posible y dentro de las capacidades económicas de cada nación, teniendo en cuenta el desgaste, no solo poblacional sino económico (traducido en la generación de una deuda exorbitante), los grandes Estados europeos trataron de recuperarse económicamente mediante una reconstrucción basada en la compra de materias primas a precios de saldo a los vencedores de la Gran Guerra. Esto supuso una división en tres grandes modelos económicos a nivel mundial: Por un lado, la victoria en la Primera Guerra Mundial de los Estados Unidos terminó por simbolizar la propaganda del Estado Moderno, llevándose consigo los beneficios económicos<sup>8</sup> de la guerra y erigiéndose como la primera potencia mundial. El éxito de los Estados Unidos aseguraba una posición de privilegio dentro de

---

<sup>8</sup> El mayor beneficio económico vino determinado por el Tratado de Versalles. Firmado el 28 de Junio de 1919, instaba a los estados derrotados a un desarme completo armamentístico, ceder en sus antiguas pretensiones territoriales, y, sobre todo, el pago de una compensación económica de una dimensión gigantesca, lo que contribuyó a la expansión económica de los Aliados. Años más tarde, el Tratado de Versalles fue un pretexto usado por Adolf Hitler para reclamar sus «pertenencias» a los demás estados europeos, lo que supondría el comienzo de la Segunda Guerra Mundial el 1 de Septiembre de 1939.

los mercados internacionales ya que se había deshecho en cierta medida de su competencia europea. Por otra parte, el levantamiento de las nuevas naciones europeas indujo a unas políticas proteccionistas basadas en la producción agrícola y la refundación industrial, imitando así el modelo expansivo interior de los Estados Unidos. Por último, la Revolución Rusa se consumó al tiempo que la Gran Guerra destilaba sus últimos compases, creando las nuevas bases de la política económica de Oriente, lo que a la postre se convertiría en una guerra de bandos.

El Tratado de Versalles, como bien comenta Eric Hobsbawm, produjo una serie de «prisiones de naciones» (1990: 143) en las que se reorganizó el territorio europeo. Las etnias de los nuevos estados no eran más que las últimas manifestaciones de anteriores naciones, lo que produjo de nuevo una producción multicultural. Esto ocurría en menor medida dentro de los países más importantes, como es el caso de España, Reino Unido, Francia, o la propia Alemania, en la que el número de emigrantes era menor. Sin embargo, al igual que en la actualidad, la insostenible situación de Europa del Este motivaba a sus ciudadanos a buscar refugio en Europa Central. Así pues, Europa regresaba al mismo inconveniente que había hecho nacer y crecer al nacionalismo: la *corriente migratoria* y la ausencia de una identidad común. A comienzos de la década de los años 20, los países relativos al centro de Europa se habían convertido en el símbolo de la proliferación migratoria. Esto atrajo el descontento del pensamiento nacionalista, que veía como la integración de etnias y minorías sociales, hacía transmutar los valores de la identidad nacional. Es, en este punto, en el que principia la mayor expansión nacionalista vista hasta la fecha.

En el año 1921, Adolf Hitler se había convertido en el Líder del Partido Nacionalsocialista obrero alemán. Al mismo tiempo, a finales del mismo año, Benito Mussolini se alzaba con el poder en Italia luego del golpe de Estado. Los totalitarismos se extendían por toda Europa, llegando a alcanzar incluso a la Unión Soviética con el control de los plenos poderes por parte de Stalin. En medio de la recuperación económica del desastre de la Gran Guerra y la crisis del colonialismo motivado por la misma, los Estados anteriormente beligerantes buscaban medios para su reestructuración. Gran parte de esa reformulación se apoyó en el éxito del modelo liberal norteamericano. Dispuestos en una situación ventajosa dadas las deudas por cobrar tras el triunfo en la Primera Guerra Mundial y los avances técnicos diseñados (como la cadena de montaje de Ford), los Estados Unidos se convirtieron en el gran valedor del nuevo orden económico mundial,

siendo de este modo, el país al que recurrirían los demás estados en materia de importación y exportación. Esto, evidentemente, tendría como gran beneficiado a los Estados Unidos, quienes crecían doblemente gracias tanto a su producción como a su manufacturación de venta de materias. Sin embargo, esto terminó desembocando en un desarrollo constante de la inflación económica y, a la postre, creando una burbuja especulativa que terminaría por detonar el 24 de Octubre de 1929 en la que hasta ahora es la mayor crisis económica de la historia reciente.

El resultado de la propia crisis derivó en un nuevo rechazo social hacia la colaboración extranjera, optando en su lugar por el proteccionismo económico y la reafirmación de los valores tradicionales de cada estado. En Alemania, el éxito de Hitler y su partido no pudo ser mayor, alcanzando la mayoría absoluta en 1932. Claro está que los primeros afectados de los países gobernados por los partidos nacionalistas fueron los participantes de los movimientos migratorios que citamos anteriormente. Si había un descenso dentro del número poblacional de aquellas «prisiones naciones» se debía a las crisis sociales e institucionales de dichos estados, por lo que la formación de grandes comunidades étnicas dentro de países como Alemania o Italia era abundante. Tanto Hitler como Mussolini<sup>9</sup>, que ya habían mostrado su rechazo hacia dichos grupos sociales, apoyaron una caza social que terminaría convirtiéndose en un desastre social para toda Europa, representada directamente en escenas para el recuerdo europeo como «La noche de los cristales rotos».

La necesidad de expansión dada la superioridad moral y social expuesta por la Alemania nazi derivó en la declaración de la guerra por parte de Alemania tanto a Francia como al Reino Unido el 3 de Septiembre de 1939<sup>10</sup>. La guerra, dividida en dos bandos (por un lado, los Aliados, formados por, entre otros: los Estados Unidos, Francia, Rusia, Reino Unido, etc., y el Eje, la formación de los partidos nacionalistas y fascistas de Occidente junto con otras grandes potencias mundiales como Japón), se saldría con la

---

<sup>9</sup> Citamos tan solo a Hitler y a Mussolini como valedores y cabezas reconocibles dentro del nacionalismo y fascismo europeo del siglo XX. Conocemos de regímenes autoritarios similares en Europa que compartían espacio y tiempo, pero coparía un valioso espacio dentro de nuestro análisis que ya queda ejemplificado con la imagen de la Italia y Alemania de comienzos de siglo XX.

<sup>10</sup> Dos días antes, el 1 de Septiembre de 1939, fecha que da el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Alemania ya había iniciado su invasión a Polonia con el objetivo de crear un Tercer Reich en toda Europa.

victoria de los Aliados el 4 Mayo de 1945, con la caída del Tercer Reich y la muerte de Hitler unos días antes.

La victoria aliada de la Segunda Guerra Mundial supuso la caída del fascismo europeo, la gran manifestación nacionalista del siglo XX. Aunque este nacionalismo no terminaría por desaparecer (dado lo que simbolizaron tanto Estados Unidos como la Unión Soviética durante la Guerra Fría), quedando algunos resquicios en Europa como fue el caso de España, representada por una dictadura hasta 1975 con la muerte de Francisco Franco.

Ya a finales de siglo XX la historia volvió a repetirse como a comienzos de siglo. Así lo explica Hobsbawn:

«En esencia, el derrumbamiento permanente de los imperios Habsburgo y otomano y la efímera caída del imperio ruso de los zares produjeron la misma serie de estados sucesores nacionales con la misma clase de problemas, insolubles a la larga, excepto recurriendo al asesinato en masa o a la migración forzosa e igualmente en masa. Los explosivos problemas de 1988-1992 fueron los que se crearon en 1918-1921» (1992: 175).

Seguramente un historiador como Eric Hobsbawn ya previó en sus años activos lo que ocurriría hoy en día en el Este de Europa. A pesar de que el panorama en las comunidades eslavas no es tan preocupante como en los tiempos de la disolución de la Unión Soviética (y en el instante en el que componía el libro), lo que derivaría en conflictos casi permanentes durante la década de los 90, algunos de esos percances se han ido arrastrando hasta nuestros días por la necesidad de la determinación de la identidad nacional y la delimitación de sus fronteras. Territorios como Kosovo, Karabaj o la República de Osetia del sur y Abjasia siguen sin estar reconocidos, no solo por la ONU<sup>11</sup>,

---

<sup>11</sup> Actualmente son 113 los países que reconocen a Kosovo como un Estado independiente. Casualmente, una aplastante mayoría europea los respalda, excepto estados importantes como España y Grecia. El rechazo hacia la declaración de independencia de Kosovo está mucho más arraigada tanto en África como en Asia. Por su parte, Karabaj ha terminado por enfrentar tanto a Azerbaiyán (país al que sigue perteneciendo para muchos estados) como a Armenia (territorio al cual quiere anexionarse Karabaj). Este conflicto lleva desde comienzos de los años 90 en el centro de la polémica, aunque se ha retomado en los últimos meses debido al bombardeo constante por parte de Azerbaiyán a Karabaj. Por último, la República de Osetia del sur y Abjasia, ya reconocida por Rusia luego de los enfrentamientos en 2008, sigue siendo un territorio reclamado por Georgia, a pesar del interés de dicha república por unirse a Rusia a corto plazo. Información recuperada de: [https://www.lejournalinternational.fr/Vuelta-al-mundo-por-los-estados-no-reconocidos-por-la-ONU\\_a2962.html](https://www.lejournalinternational.fr/Vuelta-al-mundo-por-los-estados-no-reconocidos-por-la-ONU_a2962.html)

sino por Estados Independientes debido a la falta de solidez dentro de su proyecto de independencia.

Tal y como expone Hobsbawn, los problemas de identidad nacional y separatismo actuales «son una herencia del 1918-1921» dada la falta de contundencia por los tratados de Versalles y de Brest-Litovsk en los que se agruparon territorios sin tener en cuenta ni a la ciudadanía, ni el desastre que podía causar, más si cabe teniendo en cuenta los problemas que provocaron las multiculturalidades étnicas en toda Europa durante los comienzos del siglo XX.

## 2. NACIONALISMO NORTEAMERICANO

Estados Unidos ha llevado desde su fundación en el siglo XVIII el nacionalismo por bandera. Tal y como recoge Ramos Josa: «El populismo no es un fenómeno nuevo en Estados Unidos. Si por algo se ha caracterizado su sistema político desde sus inicios ha sido por la pugna entre el populismo democrático y el elitismo republicano» (2020: 43). Sus políticas territoriales, a pesar del reconocimiento en su Constitución del modelo de estado federal se ha visto incorrupto durante el transcurrir de los tiempos, al menos hasta estos últimos años<sup>12</sup>. Pero su unidad no solo ha sido un símbolo para el fortalecimiento de la condición que las demás sociedades le otorgaban, lo han sido también la defensa de sus valores tradicionales y el convencimiento en un discurso que se ha repetido desde el comienzo del siglo XX. La «Gran Democracia», como ellos mismos se han impuesto como apodo a nivel global, no solo ha representado el nuevo modelo liberal fundamentado en el capitalismo y el sistema de «igualdad de oportunidades», sino que se ha construido un discurso en torno al «sueño americano». Esta acepción onírica del carácter nacional de los Estados Unidos ha ido sumando adeptos, es decir, inmigrantes que han visto su llegada al país norteamericano como una nueva oportunidad para empezar o para fabricar un futuro mejor. Esta fluctuación, en lo que a rasgos culturales se refiere, no ha podido ser más positiva para Estados Unidos. Su riqueza a nivel lingüístico y étnico ha convertido al país norteamericano en una «Torre de Babel» en pleno siglo XXI. Esta conjunción de los distintos países que han compuesto grandes grupos étnicos (desde los africanos -los primeros en llegar, latinos, europeos y asiáticos) es la tendencia de un país que solo tiende al crecimiento en cuanto al flujo migratorio. Sin embargo, no todos los polos de la sociedad norteamericana han visto con los mismos ojos esta nueva concepción de su país de origen, motivo por el cual el nacionalismo ha llegado hasta límites exacerbados; desde el año 2016 concretamente de forma gubernamental<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> El «Texit» se convirtió hace unos años en uno de los movimientos de masas internos en la política norteamericana. Abogaba por la independencia de Texas y, según encuestas ofrecidas por la TNM, llegó a alcanzar un 48% de popularidad. En los últimos meses ha alicaido su influencia, debido seguramente tanto a las elecciones y posterior victoria de Joe Biden como por los efectos de la pandemia del Covid19.

<sup>13</sup> Esta afirmación debe ser extraída con matices: el nacionalismo americano ha existido siempre dada la forma de su construcción histórica como Estado. Creemos que el Trumpismo no ha hecho aparecer de la nada un movimiento político dentro de la nación americana; ya estaba, existía, pero con una dimensión política en materia de gobierno interno menor.

Es precisamente en ese 2016 cuando las tornas de la política norteamericana cambiaron, escogiendo un destino cuyas consecuencias están por valorar. La entrada al gobierno de Donald Trump ha supuesto la nueva línea de la política en los Estados Unidos: *el trumpismo*. Dicho movimiento ha terminado por alejarse de algunas de los preceptos más básicos del republicanismo americano tradicional. Dentro de la confluencia de pensamiento que supone la llega del *trumpismo*, podemos reconocer en él varios principios de los que, si bien algunos los desarrollaremos más tarde, otros cabe destacarlos antes de la puesta en escena de su líder. Hablamos, por ejemplo, del *ultraconservadurismo* y el *populismo*. En primer lugar, el ultraconservadurismo de Trump radica en una serie de valores puramente tradicionales sobre los que quiere reconstruir su nueva América. La negación de los colectivos LGTB, el catolicismo defendido institucionalmente y el propio proteccionismo al que se refiere con su manifestación acerca de la inmigración a pesar de que Estados Unidos sea un país tradicionalmente de inmigrantes y creado a raíz de la propia inmigración. Trump, convencido de la superioridad moral, cualitativa y cuantitativa de su país, no está dispuesto a renunciar a ese recorrido tradicional histórico sobre el que se fundamentaron los mejores años de la democracia estadounidense.

Por otra parte, al *trumpismo* se le ha asociado sin contemplación el calificativo de populista. Término de moda dentro de la política de nuestro tiempo, la conceptualización del «populismo» ha traído verdaderos quebraderos de cabeza para los analistas. Pese a esto, optamos por recoger la definición de Ernesto Laclau, quien llevó el término un paso más allá al menos en lo que a la política latinoamericana se refiere:

«Laclau opta por abordar la pregunta por el populismo desde la problemática noción de pueblo (y su relación con la clase). Con el pueblo como referente análogo del populismo, Laclau ensaya una definición inscrita en el marxismo althusseriano que será deudora de la metáfora base/superestructura. Las clases, si bien tienen existencia como contradicciones en la base (estructura), no tienen presencia como agentes políticos si no es a partir de presentarse como articulaciones discursivas en el nivel de las superestructuras, es decir como una contradicción pueblo/bloque-de-poder [...]. El populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular democráticas como



conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante que puede articularse en el discurso de la clase obrera o de la clase dominante (la clase, aquí, sería el principio articulador irrenunciable). La articulación de las tradiciones populares en el discurso de la clase obrera constituye la radicalización de la contradicción pueblo y bloque de poder, por lo tanto una vía al socialismo» (Retamozo, Martín, 2017).

No venimos a redescubrir nada si aseguramos que partes de esa definición que otorga Laclau no se ajustan directamente con el populismo del partido de Donald Trump por cuestiones meramente ideológicas; asignar el discurso populista de Trump a una «vía al socialismo» sería el derrumbe de gran parte de su oratoria. Sin embargo, nos resulta obligado referirnos a esa polarización de la sociedad en la que el discurso populista puede estar fundamentado por la clase dominante, haciendo que la ciudadanía se viera representada por miembros de un partido con el que empatizarían a pesar de que estos últimos estarían en clases sociales superiores. Todo esto no puede dejar de considerarse como un artefacto dentro de la construcción de la oratoria trumpista en tanto que su popularidad pudiera expandirse desde cualquier rango dentro del ultraconservadurismo que ya comentábamos. Uno de los aspectos más curiosos de la campaña de Donald Trump fue como gente de clases sociales muy distintas podían empatizar con el futuro presidente; de esta forma, ver a agrupaciones de latinos en las puertas de la Torre Trump manifestarse en favor del mismo como el salvador de los latinos. La reafirmación de la identidad norteamericana dentro del discurso polarizado del trumpismo fue arrollador para aquella parte de la población que se veía alejada (lo estuviera o no) a sus iguales tanto en poder adquisitivo como en raza o sexo.

## **2.1. LOS ORÍGENES DEL *TRUMPISMO*: LA FUNDAMENTACIÓN DE SU LÍDER**

Una de las peculiaridades que presenta el *Trumpismo* es la imagen que ha dado de forma constante su creador. No hablamos en términos políticos naturales o corrientes si asociamos directamente la figura del líder de un partido a una corriente genuina aunque puedan darse estos casos. Es decir, existe una conceptualización y terminología dentro de la Filosofía Política y no todos los miembros de partidos icónicos tienen la capacidad de desplegar su imagen a la par de un movimiento. Por ejemplo, Hitler no dotó al nazismo de una nomenclatura formada con su propio nombre como ha sucedido en el caso del

*trumpismo*. Sí ha ocurrido con anterioridad si nos remitimos al fascismo con la cara de Benito Mussolini, el comunismo y la propaganda política que erigió a Stalin como «padre benévolo» de la Rusia del siglo XX y Reagan y el seguimiento derivado de su mismo nombre que ya hemos citado, o Margaret Thatcher, entre otros. Dentro de las peculiaridades que presenta cada caso<sup>14</sup> y el contexto histórico en el que se enmarcan, existen ciertas similitudes con el caso de Donald Trump.

En el siglo XXI la difusión de las redes sociales y la concepción de los medios de comunicación ha afectado significativamente de cara a la importancia de cara a la popularidad. Esto ha alimentado durante los últimos tiempos el elevado número de análisis en cuanto a la psicología del personaje público que gobernó los Estados Unidos durante 4 años. En palabras de Eli Zaretsky:

«Desde las primarias republicanas de 2015-16, algunas personas han recurrido a la psiquiatría en un esfuerzo por localizar las fuentes irracionales de la victoria de Trump, pero hasta ahora se ha avanzado poco. Esto se debe a que la mayor parte del esfuerzo se ha centrado en analizar a Trump, quien a menudo es descrito como si padeciera un «trastorno narcisista de la personalidad». Estos diagnósticos, hechos a distancia, no sólo son inverosímiles; tampoco abordan una cuestión más importante: la naturaleza del atractivo de Trump. Constituyendo una cifra cercana a un tercio del electorado, sus seguidores forman una banda intensamente leal y muy unida a nivel psicológico. Son impermeables a las críticas liberales o progresistas de Trump o de sus políticas. Por el contrario, su lealtad prospera y se profundiza aún más con los argumentos anti-Trump [...]. Su innovación crucial fue el descubrimiento de la forma especial que el autoritarismo adopta en las sociedades democráticas. Hasta ese momento se pensaba que el agitador era una especie de hipnotizador, mientras que la multitud que respondía a él era crédula e infantil. Abierta al rumor y al miedo, exigía fuerza y hasta violencia de sus líderes».

Si nos atenemos a las palabras de Zaretsky, Donald Trump ha venido a reproducir los mismos elementos discursivos que hicieron de los líderes nombrados recientemente una de sus armas de captación de voto. Pese a esto, *la diferencia más relevante puede radicar en el origen del concepto de su movimiento*: esto es la nomenclatura del

---

<sup>14</sup> Cabe destacar que en el caso de Benito Mussolini, comenzó a aceptar el nombre de fascismo con orgullo luego de que el filósofo italiano Giovanni Gentile defendiera la representación de Mussolini como eje del fascismo, de ahí a que en su discurso político se proclamase a sí mismo como su padre y fundador.

Trumpismo. Podemos imaginarnos un escenario político donde Trump no haya sido consciente de las posibilidades del término y evitar así ese «trastorno narcisista de la personalidad» del que habla Zaretsky, pero resulta más creíble ver cómo Donald Trump y su poder de influencia en los medios conocían las posibilidades del concepto y lo llevaron hasta la más alta popularidad. En lo relativo a ese poder de influencia en los medios, recogemos las palabras de Vicente Carballo:

«Los sujetos narcisistas elaboran complejas racionalizaciones que engordan el concepto que tienen de sí mismos. Exageran sus capacidades por encima de las que realmente poseen, transformando sus fracasos en éxitos o atribuyendo las malas gestiones a la incompetencia de los demás. Trump tiene que distorsionar un análisis psicológico de Donald Trump habitualmente la realidad para que pueda encajar con su sentido grandioso de la propia importancia. Si la verdad, la realidad, no encaja con la idea grandiosa que tiene de sí mismo, cambiará la realidad por «hechos alternativo» o «noticias falsas» con el fin de que ese concepto grandioso sobre sí mismo no se vea alterado» (2017: 233).

Como ya hemos comentado, sí se ha apreciado a lo largo de la historia de la democracia norteamericana un proceso nacionalista con una representación gubernamental pero quizás no con estas variantes discursivas, hecho por el cual se pueden presuponer matices a la hora de entender qué es y qué ha simbolizado el *Trumpismo* para la política global.

## **2.2. EL PROBLEMA DEL TRUMPISMO**

A mediados de la década pasada el *Trumpismo* se hizo su propio espacio dentro de la política global. No debemos aceptarlo como un modelo político y económico estrictamente americano dado el carácter recíproco de las influencias para la política contemporánea y el futuro de la población mundial. Sin embargo, su empuje en las elecciones y consolidación dentro del sistema norteamericano han sido los avales para dotarlo de un *concepto propio*. Su naturaleza reside en lo que Donald Trump ha querido hacer de su ideología un dogma para la obtención de cada vez más seguidores. Al igual que el nacionalismo, su definición no es del todo sencilla de clasificar dentro de la Filosofía Política; la que creemos que mejor la representa es la otorgada por Vicenç Navarro:

«El trumpismo es una ideología que tiene como elemento central la defensa a ultranza del orden económico establecido que se siente amenazado por supuestas «hordas comunistas y socialistas» que se asume controlan el Estado junto con movimientos sociales contestatarios ante el orden social vigente (como el movimiento feminista y el ecologista, entre otros), portavoces todos ellos de ideologías contrarias al mantenimiento de una visión conservadora e idealizada del pasado que se asume fue mejor»<sup>15</sup>.

Como podemos extraer de la definición de Navarro, hay un claro carácter *reaganista* dentro de la polarización política del discurso de Trump y el envilecimiento y miedo con el que se produce una amenaza comunista y socialista constante. El análisis de Navarro va un paso más allá al establecer conexiones entre el Trumpismo y el fascismo español de mediados de siglo pasado. Esto se debe seguramente a la problemática raíz de dicho movimiento y de su énfasis por el conservadurismo latente dentro de su programa. De nuevo, en palabras de Navarro:

«Cualquier demócrata que haya vivido durante la dictadura instaurada por el golpe militar del 1936 en España podrá reconocer muchas de estas características definitorias del trumpismo en la ideología fascista [...]. Definir tal régimen como «franquista», como todavía hoy es conocido en el discurso oficial del país, es profundamente erróneo, pues asume que era un régimen meramente autoritario populista (caudillista) cuando en realidad era también totalitario, es decir, promovía una ideología totalizante que aspiraba a impregnar todas las esferas del individuo, en defensa de unos valores políticos, económicos y sociales que sostenían al régimen»<sup>16</sup>.

Más simplista se muestra su propio líder, Donald Trump, cuando se le cuestionó qué era el *trumpismo*. En una rueda de prensa, el ya ex presidente declaró:

«¿Qué es el trumpismo? Un término nuevo que se utiliza cada vez más...No se me ocurrió a mí. Pero lo que significa son grandes *deals*

---

<sup>15</sup> Recuperado de: <https://blogs.publico.es/vicenc-navarro/2021/04/15/el-trumpismo-y-sus-consecuencias-para-madrid-y-para-espana/>

<sup>16</sup> Vicenç Navarro. Art. cit.

[...]. Significa fronteras fuertes, la promoción de las armas entre civiles y que no habrá disturbios en las calles. Significa hacer cumplir la ley. Significa apoyo a los hombres y mujeres olvidados de los que se han aprovechado durante tantos años»<sup>17</sup>.

Es en la definición con la que designa Trump su movimiento todo lo que engloba las consecuencias de su política: segregación racial y planes antinmigración, un férreo poder judicial y la visibilización de los colectivos «oprimidos» que señalaremos más adelante. Las declaraciones recogidas de Trump vienen a coincidir a gran escala con el desarrollo político de Navarro, pero no solo eso: establece una comparativa y relación directa con el nacionalismo ya que, si bien los primeros puntos (xenofobia y políticas proteccionistas con reajustes fiscales), la visibilización no solamente es un itinerario de captación de voto, es la dotación de la identidad y representación norteamericana de todos sus conciudadanos nacidos en Estados Unidos.

Esto redefine la esencia trumpista no solamente como heredera del nacionalismo europeo de nuestro tiempo en sí, sino como una herencia que va más allá de los límites estrictamente democráticos. Además, nos sirve como aporte en nuestro análisis en cuanto a la demarcación de la terminología de la Filosofía Política en cuanto a la realidad conceptual actual, extrayendo las conclusiones acerca de las diferencias y semejanzas entre el *trumpismo* y el nacionalismo.

El *Trumpismo* se engloba dentro de una época donde se ha producido el resurgir del nacionalismo, principalmente en Europa. De la mano de Marine Le Pen en Francia, VOX en España y la Lega Norte entre otros, se ha desarrollado una nueva tendencia nacionalista a raíz principalmente de la masiva inmigración que ha buscado refugio en Europa durante los últimos 10 años. Las guerras en Oriente Medio, (especialmente el conflicto de Siria) y la siempre inestable y precaria situación en toda África ha hecho que se doblasen los índices de inmigración en los últimos años<sup>18</sup>; esto ha obligado a la Unión Europea a tomar medidas en favor de la recogida de refugiados, lo que ha significado una

---

<sup>17</sup> Recuperado de: <https://www.clarin.com/opinion/trump-define-trumpismo-0-DsSCiory.html>

<sup>18</sup> En Alemania, en el año 2019, casi el 16% de la población era extranjera, seguida de Francia y de Reino Unido que empataban en algo más de un 12%. Sorprende que España, uno de los países donde más ha crecido el nacionalismo en los últimos 5 años sea un porcentaje menor con respecto a estos países pues ni siquiera alcanza el 9%. Recuperado de: <https://es.statista.com/estadisticas/635547/porcentaje-de-poblacion-extranjera-en-los-estados-miembros-de-la-union-europea/>

masiva protesta por parte de los partidos nacionalistas de acogerlos. Entre otras razones, su situación precaria solo podría traer delincuencia, llegando a acusarse a la población inmigrante ilegal de aumentar claramente los índices de delitos y de perpetrar la seguridad nacional.

Otro de los grandes pretextos para el renacimiento del nacionalismo europeo ha sido el origen de las nuevas manifestaciones de carácter nacional promovidas por el nacionalismo regional. En el caso de España es muy claro con la creciente popularidad del independentismo catalán. Sus consecuencias se han desplazado electoralmente hacia algo más que el territorio catalán donde ha despertado también una general animadversión como demuestran las encuestas acerca de su polarización<sup>19</sup>. Su repercusión nacional ha sido un llamado para ese *nacionalismo romántico* creyente de una unidad nacional y sentimiento común que como hemos citado ya, en algunos países su aplicación es más compleja que en otros. Sin embargo, esto no es óbice para asimilar que cualquier propuesta o exposición manifiesta de un sentimiento nacionalista regional deba repercutir en lo que la conciencia nacional tiene de ello. De esta forma, al igual que citamos España podemos repetir el proceso con Sicilia que ha terminado por afectar a la convivencia dentro del panorama italiano, lo que ha derivado en la negativa directa del gobierno en manos de la *Lega Nord* (en colaboración con el *Movimento Cinco Stelle*).

Una prueba de la repercusión nacionalista europea nacida a mediados de la década pasada es la confrontación con las entidades de colaboración o poderes superiores que engloban o representan la pluralidad. Hablamos, en primer lugar, de la Unión Europea. El nacionalismo español representado por VOX ha abogado por un retroceso hasta los inicios pragmáticos de la Unión Europea, alejándose así del «vertedero multicultural que está creando el consenso progre»<sup>20</sup>, tal y como señalaron las fuentes del partido a un periódico nacional horas después de la fallida moción de censura contra el partido de Pedro Sánchez. De igual forma, Mateo Salvini se manifestó en contra de algunos «dogmas» de la Unión Europea aunque no posicionándose claramente en contra sino

---

<sup>19</sup> «El impacto de la pandemia y el embrollo con la fecha de las elecciones ha enfriado las posiciones a favor y en contra de la independencia de Catalunya. El 47,7% de los catalanes rechaza hoy que Catalunya se convierta en un estado independiente, mientras que el 44,5% sí que lo quiere, según la encuesta electoral del Centre d'Estudis d'Opinió (CEO) de la Generalitat». Recuperado de: <https://www.elperiodico.com/es/politica/20210129/encuesta-ceo-independencia-catalunya-elecciones-11484587>

<sup>20</sup> Recuperado de: [https://www.vozpopuli.com/espana/politica/abascal-casado-bruselas-mocion\\_0\\_1402960896.html](https://www.vozpopuli.com/espana/politica/abascal-casado-bruselas-mocion_0_1402960896.html)

reclamando una serie de reformas para mejorar la convivencia de sus Estados miembros; este discurso ha sido mantenido también por la Agrupación Nacional (antiguo Frente Nacional) de Marine Le Pen, partido que no ha querido desmarcarse de forma tácita de la Unión Europea sino reformándola desde dentro, dictando el mismo discurso de sus homólogos citados. Por otra parte, más reacio se mostró en su día el Reino Unido, cuya consecución del Brexit el 31 de Enero de 2020 supuso la representación más relevante del nacionalismo europeo, erigiéndose así como una de las figuras autosostenibles en materia gubernamental de toda Europa.

Existe una clara analogía en el resurgimiento del nacionalismo europeo con la llegada del Trumpismo a los Estados Unidos. Cronológicamente, debemos desplazarnos hasta comienzos de la década pasada para entender la evolución de ese nacionalismo europeo y en qué ha podido influir dentro del norteamericano. Es en 2012 cuando la *Lega Nord* ya ha comenzado su ascenso en el Parlamento italiano, prácticamente al mismo tiempo que el Frente Nacional de Le Pen; en España, VOX se fundaría en 2013, años en los que en el Parlamento británico ya principiaba sus debates en torno a un referéndum que corporizaría su aprobado en 2015 y que sería ya visible en 2016 con el ya sabido sí. Por tanto, si el *Trumpismo* tuvo su nacimiento en forma de precandidatura en 2015, es evidente que los asesores de Donald Trump (entre ellos el célebre Steve Bannon) miraron hacia Europa para observar qué fórmulas podían resultar efectivas a la hora de la consecución del gobierno; y no solo esto, sino desgranar las causas del nacimiento del *trumpismo*, delimitando de esta forma sus coincidencias y displicencias con los movimientos semejantes en Europa. Es decir, ¿qué es legítimo y original dentro del *trumpismo*? ¿qué se ha tomado como principio puramente nacionalista?

Ya hemos asistido a vestigios del *trumpismo* dentro de la política norteamericana. No es ningún secreto que dicho movimiento ha bebido de las raíces de la política *yankee* en la busca de ese votante de difícil localización dentro del espectro político y que con su asimilación se pudo hacer con el poder en Noviembre de 2016. De hecho, incluso el propio discurso de «*América first*» ya sería empleado en la década de los 90 por el candidato demócrata Douglas Wilder, que a la postre caería ante William Clinton para representar a su partido en las elecciones generales. Quizás estuviésemos ante el prelude de lo que se originaría en Estados Unidos durante la citada década. Aún así, es muy destacable que dicho lema cambiase de bando más de veinte años más tarde por la derecha republicana y populista representada por Donald Trump. Al fin y al cabo, el mensaje que

nos lega dicho *slogan* no es más que una frase hecha dentro de la política global que ha reivindicado especialmente la extrema derecha o los partidos declarados abiertamente como fascistas. Ya hemos nombrado en varias ocasiones a la Lega Nord italiana que desde el año 2012 ha mantenido como base el «*l'italiani primi*» o en España tanto VOX en la campaña para el gobierno de 2019 como España 2000 en la candidatura nacional para las elecciones del 2015 («Primero los españoles, luego lo demás»). El *slogan* va más allá de una simple frase dentro del entramado político para la captación de voto: es una llamada al *americanismo* y a la tradición del propio país. El votante trumpista siente que en su país se han perdido las tradiciones por varios motivos y la reafirmación en ellos mismos como salvadores de la nación es un *feedback* que se reproduciría en una confianza de votos para su líder a cambio de recuperar los derechos y posiciones de privilegios que, según ellos, les han sido arrebatados por las políticas socialistas del Partido Demócrata en favor de los inmigrantes.

A pesar del nacimiento de ese lema bajo la bandera demócrata, la dimensión alcanzada en el republicanismo no tiene parangón. Si bien a Wilder le sirvió como propaganda para un cara a cara con Clinton, el apoderamiento del discurso por parte de George W. Bush y, posteriormente y en mayor medida de Donald Trump, ha redimensionado las posibilidades del término. Esto no debe entenderse simplemente como la reorganización y anteposición de los intereses de los norteamericanos sino la visibilización de los colectivos opacados de las grandes ciudades. Estas agrupaciones se habrían visto desplazadas en los últimos años por la creciente llegada de inmigrantes desde América Latina y China, lo que significa para el *trumpismo* la ruptura para con la tradición e idiosincrasia americana. La hispanización y orientalización de Estados Unidos, a estas alturas imparable, ha dividido el panorama político por completo: por un lado, un pequeño porcentaje de los demócratas considera un problema grave la inmigración mientras que el bando republicano prometió desde el 2016 una deportación masiva e incluso la construcción del célebre muro. La *E-Verify*, una de las grandes bazas de la campaña trumpista, suponía la cancelación de la inmigración al menos en los primeros dos años hasta poder presentar en forma de ley un proyecto de abolición de la inmigración ilegal. Más proclive se ha mostrado el *trumpismo* en favor de la inmigración legal. Pese a esto, creemos que la presión social sería la que reduciría la inmigración legal: la reducción masiva de inmigrantes ilegales redimensionaría las posibilidades sociales de muchas de las culturas alojadas en los Estados Unidos; esas mismas etnias y grupos



sociales legales verían como sus compatriotas convivientes en Estados Unidos se marcharían de obligatorio cumplimiento, lo que les haría integrarse esta vez no en comunidades hispanohablantes o asiáticas sino en norteamericanas. Esto derivaría en una asimilación de los conceptos y tradiciones americanas en detrimento de las propias para una fusión que no partiese de la multiculturalidad. Por *ende*, aunque no nos refiramos a la inmigración legal como un problema real al que pueda combatirse por la vía penal, sí imaginar un escenario donde esta quede reducida hasta el límite posible. No en vano, el control fronterizo trumpista desde el comienzo de la precampaña ha sido el eje de su discurso y su política. Tal y como el mismo Trump reconoció en 2016: «*a nation without borders is not a nation*»<sup>21</sup>.

La señalación de esas fronteras actúa también en el panorama económico. La nueva legislación de Donald Trump supone una ruptura con los países con los que se trazó una hoja de ruta comercial luego de la década de los 40. Las excelentes relaciones con la Unión Europea, consolidadas con la creación de la OTAN y gobiernos de colaboración económica comunes vieron como se tambaleaban con la victoria de Donald Trump al poder. Podemos considerar el eje de la política trumpista la cancelación del TTIP con Europa dado que a juicio del mandatario norteamericano era un acuerdo «basado en el socialismo» y el reajuste de la política fiscal. Es cierto, como apuntamos a comienzos de este análisis, que se produjo durante esos 4 años una reducción de las tasas de paro a gran escala y un incremento de la inversión privada; todo esto al coste del endeudamiento del déficit fiscal y la proclamación de las políticas económicas neoliberales para consigo en cuanto a la inversión interna; sin embargo, esto no fue óbice para marcar las distancias con los acuerdos de colaboración económica de cara al exterior. Recalcamos de esta forma la intención de cercamiento del extranjerismo al que se opone deliberadamente el partido de Donald Trump. La cancelación de los acuerdos que, en algunos casos, podían haber sido perjudiciales para la supervivencia de estados pequeños o de economías reducidas en Europa, es el resultado de una marcada línea de priorización del mercado norteamericano. Lo mismo resulta con la negativa a la corriente inversión de mantenimiento de la OTAN. Durante más de tres décadas, Estados Unidos, sabedor de ser el gran representante de las democracias y economías de Occidente como eje de la lucha ante Rusia y la creciente expansión del orientalismo liderado por China, fue el gran

---

<sup>21</sup> Recuperado de: <https://www.chicagotribune.com/hoy/ct-hoy-8459559-trump-propone-una-dura-reforma-migratoria-story.html>

valedor del mantenimiento militar de la OTAN. Su presupuesto era el gran aval para la defensa de Europa y el mantenimiento salubre de las infraestructuras militares. La llegada de Trump supuso una posición contrastada con la reciente tradición de los gobiernos americanos: Estados Unidos reduciría drásticamente su aportación a la OTAN. Este provecho partidista de la Unión Europea fue el pretexto perfecto para que Trump reivindicara una vez más el americanismo y la repetición del «*América first*». Estados Unidos se preocuparía económica y políticamente de Estados Unidos, recurriendo a Europa solamente en situaciones en las que se viese comprometido el liderazgo del occidentalismo en detrimento de la nueva potencia mundial: China.

Desde su llegada al poder, Trump encontró en China lo que durante mitad del siglo pasado fue Rusia; no como modelo económico y sí como modelo hegemónico mundial. Ya durante la Guerra Fría el planeta se dividió en dos bandos claramente diferenciados; la Unión Soviética con sus aliados del pacto de Varsovia y EE. UU. con sus aliados de la OTAN. Salvando estas distancias temporales y económicas, el auge del gigante asiático ha puesto en jaque la autoridad global que suponía el nombre de los Estados Unidos. Si el discurso *trumpista* ha necesitado del conflicto constante como materia de propaganda ha sido para realzar la propia naturaleza y el espíritu del pueblo norteamericano. Es por esto por lo que no es tan solo la disposición de un país en contra de otro que disputa su hegemonía: es la llamada hacia una población dormida. Ya hemos hablado de ese chovinismo exacerbado que ha exhibido Estados Unidos en todas las demarcaciones posibles. Para Trump, el americanismo se vio debilitado gravemente durante el ascenso del socialismo al poder en su país, lo que adormeció a las clases que más representaban a su país. Cabe destacar que este americanismo no solo supone la exaltación de sus valores. Esto ha predisposto a la población a la confrontación de una manera similar a la que ejecuta el gobierno sus discursos. Si nos detenemos a los meses previos a su derrota en los comicios de Noviembre de 2020 y durante el inicio de la pandemia del Covid-19, la polarización discursiva derivó en la culpabilidad a China de la creación del virus. El temor que pretendía suscitar Trump y sus asesores a la población americana era la negación de todo un país como China; esto nos recuerda de nuevo al *reaganismo* y su política del miedo durante la década de los 80 con la amenaza constante de la pobreza y miseria que vendría de Rusia si los americanos dejaban que los rusos llegasen a contaminar la sociedad de su país. Como autodefensa y reivindicación de la valentía de su pueblo se generó un rechazo mayoritario hacia Rusia, al igual que el que se estaba gestando en los

últimos meses hacia China. Su significación se resume de la misma forma de la que hemos afrontado el problema de la inmigración legal y la política económica: la negación hacia China y el orientalismo solo podía ayudar al proteccionismo tanto externo como interno de los Estados Unidos, con lo que la única vía disponible se resumiría en la fraternidad y unidad norteamericana en un realzamiento del valor interior.

Por último, no nos hemos referido de manera concreta ni a la lengua ni al territorio en sí. Esto no significa que no hayan sido abordadas desde otros puntos de vista dado el engranaje que supone la política y la correlación de sus términos; más si cabe si queremos adentrarnos tanto en el nacionalismo como en el *trumpismo*.

Hacíamos referencia a las repercusiones que puede tener el control de la inmigración ilegal y la posterior minimización del conjunto de etnias dentro del territorio, lo que obligaría a sus habitantes a fusionarse y mezclarse con la población de origen del país en el que conviven. La adaptación a sus costumbres y tradiciones ya ha ocurrido durante varios siglos en Estados Unidos, pues es imperativo el recordar que su fundación se basó en la multiculturalidad de la inmigración. El país objeto de estudio ha mantenido sin dilación el uso del inglés como lengua materna y esto no parece haber entrado en discusión en ningún momento. Sin embargo, aquí conviene matizar: tan solo 31 Estados del país norteamericano poseen el inglés como idioma oficial y ni siquiera la Constitución de los Estados Unidos reconoce alguna lengua como oficial<sup>22</sup>. Esto ha podido traer consecuencias políticas de cara a la lucha contra la inmigración en los últimos cuatro años de gobierno republicano. Algunos colectivos poco visibles como «*Official English*» exigieron al mandatario americano una reforma estatal o constitucional que recogiese el carácter de lengua oficial al inglés como medio para combatir la expansión de inmigrantes latinos y asiáticos que comenzaron a normalizar el uso de sus respectivas lenguas. La deriva de la discusión terminó por polarizar de nuevo la cuestión racial extrapolándolo a la reducción del número de inmigrantes y al problema de la pérdida de identidad del americanismo. Las posibilidades de un idioma español en el futuro que se equipare a la relevancia de la lengua inglesa está aún por valorar; si bien es cierto que su pronóstico es

---

<sup>22</sup> De hecho, en los 7 artículos y 25 apartados que posee la Constitución de los Estados Unidos, en ninguno se hace mención o referencia al carácter lingüístico de la nación. Esto puede deberse a la antigüedad de la misma, aunque ni siquiera en la reforma más reciente (en 1992) se haya podido abordar el tema.

alentador para el español, la lengua inglesa no perdería ese carácter de primera lengua, al menos de manera compartida.

#### **2.4. HACIA UNA PERSPECTIVA DE FUTURO DEL *TRUMPISMO***

Volvamos al punto de inicio. Joe Biden se proclamó ganador de los comicios de Noviembre de 2020. La misma tarde de las elecciones, sin haberse dictaminado un ganador, comenzaron las revueltas en Estados Unidos ante la que se presuponía victoria del candidato demócrata. Trump, el presidente que mayor uso ha hecho de las redes sociales de toda la historia de la política moderna, realizó un llamado a sus fieles seguidores en pos de una salida a las calles para reivindicar su victoria, que habría sido denegada por un fraude en el recuento de los votos. Convencidos de las órdenes, se produjo en Estados Unidos lo que para muchos es el mayor asalto a la democracia norteamericana pues, una vez confirmado Biden como ganador de la enmienda, miles de manifestantes se acercaron para tomar el Capitolio, hecho que consumarían a las pocas horas. La representación de los individuos, casi *dantesca*, es el vivo retrato de la sociedad norteamericana en estos momentos: una división sin precedentes que ha venido agudizándose desde hace varios años. Pese a esto, no podemos considerar a Trump como el causante de esta partición dentro de las clases sociales americanas; su victoria en el 2016 fue producto en parte de dicho conflicto. Trump no llegó al poder para crear una crisis: llegó a un país ya en crisis, lo que fue un gran empuje tanto en su campaña electoral como en la consecución de esta. Una vez procedidos los *impeachments* y la negativa de Trump a continuar la presión desde las redes sociales, toda la comitiva organizativa del poder ejecutivo americano se dispuso a votar por el presidente electo en las urnas.

El legado del trumpismo tiene aún recorrido. En el caso de este movimiento de ideología de masas no deberíamos darlo por muerto tan fácilmente. Se trata de un caso particular, extraño. No puede entenderse dentro de los movimientos políticos y sociales comunes con su orden de desaparición con el paso de los meses. Desconocemos (aunque dudamos que así sea) si Donald Trump volverá a presentarse a las elecciones de Estados Unidos una vez ha sido derrotado por Biden. Una vez investido Biden, Trump lanzó mensajes enigmáticos acerca de una posible vuelta suya unos años más tarde. Muchos factores serán los que determinen su regreso, aunque creemos que lo intentará hasta el final.

Su batalla contra la inmigración y el poder establecido dentro de los Estados Unidos como un virus en forma de políticas socialistas no ha finalizado; son recurrentes sus ataques desde redes como Twitter en contra de las reformas del Partido Demócrata, lo que sigue alentando a aquellos que continuarán una defensa del *trumpismo* diaria. El *trumpismo* sobrevivirá, al menos algunos años, con o sin Donald Trump. El germinador de nuevo orden político global ya ha dejado de manera expresa la nueva forma de hacer política y no dudamos de que nuevos adeptos saldrán a cubrir su vacante cuando el ex mandatario no pueda cumplir sus funciones. Durante los últimos meses, Tom Cotton y Josh Hawley, gobernadores de Arkansas y Missouri respectivamente, han manifestado su intención de presentarse a las próximas elecciones como representantes del partido republicano en 2024. Ex militar y ultracatólico, ambos se han posicionado en favor de una supremacía blanca, lo que les sitúa por muchos motivos dentro de esa ideología *trumpista*. Queda por ver si se unirán a la difícil campaña de Trump con todo lo que ello conlleva, o deciden dar el paso para tratar de convertirse en su sucesor.

### 3. CONCLUSIONES

Una vez realizado el análisis sobre el recorrido del nacionalismo y el problema conceptual del *trumpismo* hemos considerado que:

I. Tarea compleja es el poder comprender todas las variantes del nacionalismo, aun analizando algunas de sus modalidades más reconocibles en la actualidad europea y norteamericana. Siempre existirán pequeños matices entre ellas, pero la esencia del concepto nacionalista perdura desde sus primeras manifestaciones políticas en el siglo XIX.

II. El término «*Trumpismo*» seguramente tenga su origen por la concepción que ha querido otorgarle su representante político, Donald Trump, y no los medios o la propia sociedad. La constante evasiva de Trump a la hora de responder sobre el *trumpismo* se debe a no querer hacer público un nombre que apareció en todos los titulares de la prensa política internacional a pesar de que en la esfera privada él mismo era sabedor del germen nacionalista recuperado para la democracia americana. Su concepto es producto de los profundos estudios analíticos sobre la personalidad del mandatario y su narcisismo.

III. El *trumpismo* no es solamente un movimiento legado de las últimas tendencias políticas en Europa, el otro epicentro nacionalista de Occidente. Aunque todos los partidos populistas ultraconservadores están viviendo en la actualidad una segunda juventud en lo que a la popularidad se refiere, es innegable que desde la rúbrica de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos ha habido un chovinismo americanista. Entendemos que ese sentimiento de pertenencia existe en todos los países, pero en Estados Unidos se ha extralimitado en su manifestación. Por tanto, su nacimiento es la combinación entre el auge nacionalista actual y el americanismo idiosincrático de Estados Unidos.

IV. No podemos hablar de una diferencial razonable dentro de las políticas nacionalistas y el *trumpismo*. Hacerlo sería profundizar dentro de las múltiples variedades del nacionalismo en busca de una excepción o particularidad representativa por algún gobierno, aunque esto queda lejos de los principios nacionalistas pues, como decimos, atenta directamente contra la idea de la *defensa y lealtad a la nación*. Creemos que ningún movimiento político surgido en el siglo XXI puede ser puramente original ya que todos reciben el influjo de sus antecesores gracias al avance de las Ciencias Políticas, la

Lingüística y la Filosofía en materia de asignación conceptual y desarrollo de nuevas teorías.

V. El *trumpismo* sigue vivo. No debemos pensar que la derrota en las elecciones de Noviembre de 2020 supusieron la caída de dicho movimiento. Su estela permanecerá en la política internacional durante décadas, así como la división social en los Estados Unidos. Sin embargo, esta fragmentación social no es producto del ascenso de Donald Trump al poder: su liderazgo es consecuencia de ella. Puede que deje la sociedad más dividida de lo que él la recogió, pero no podemos afirmar que este declive norteamericano se debe a su victoria puesto que sin el voto de una mayoría en muchos de los estados (recordemos que en votos totales ganó Hillary Clinton por una diferencia mínima) no hubiera tenido éxito el movimiento poseedor de su apellido.

#### 4. BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Benedict. (1993). *Comunidades imaginadas*. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de la cultura económica de México.
- ARONOWITZ, N. W. (2015). *The Mass Psychology of Terrorism*. The Essential Ellen Willis, 405–415. <https://doi.org/10.5749/minnesota/9780816681204.003.0048>
- CABALLO, V. E. (2017). *Un análisis psicológico de Donald Trump*. [A psychological analysis of Donald Trump.]. Behavioral Psychology / Psicología Conductual: Revista Internacional Clínica y de La Salud, 25(1), 227–249.
- FOUST Rodríguez, David. (2001). *La derrota de la extrema derecha, aún lejos de Estados Unidos*.
- GUIDA, Francesco. (2001). *Idea di nazione e questione delle nazionalità nel pensiero di Giuseppe Mazzini*. 161–175. Università di Roma Tre.
- HOBBSAWM, E. (2000). *Los nuevos nacionalismos*. Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporáneo, 2, 29–34. <http://roderic.uv.es/handle/10550/45448>
- . (1992) *Nations and Nationalism*. Cambridge University Press.
- . (1994) *Historia del siglo XX*. Buenos Aires. Editorial Crítica.
- KÖHLER, H.-D. (1997). *El nacionalismo: un pasado ambiguo y un futuro sangriento*. Revista de Estudios Políticos, 98, 171–186.
- RAMOS SOSA, Pedro Francisco (2020). *América First: Un estudio de la esencia del trumpismo*. 43–54. Fundación FAES. Madrid.
- LACLAU, Ernesto. (2005). *La Razón Populista*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- MÜLLER, J. (2017). *No, no te equivoques, Trump no es liberal*. In La Razón. <https://www.larazon.es/blogs/cultura/todo-esta-en-los-libros/no-no-te-equivoques-trump-no-es-liberal-GH15307670>



- MANFREDI, Morello. (n.d.). *Donald Trump. Dal Trumpismo alla política estera*. Laboratorio 17 : Política statunitense e stampa nazionale e internazionale.
- MORENO, L. (2000). *Movimientos nacionalistas en Europa*. Siglo XX. Revista Internacional de Sociología.
- MOSSE, George L. (2005). *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas hasta el Tercer Reich*. Marcial Pons, ediciones de Historia. Madrid.
- NAVARRO, Vicenç. (2021). *El trumpismo y sus consecuencias para Madrid y para España*. Diario Público. Recuperado de: <https://blogs.publico.es/vicenc-navarro/2021/04/15/el-trumpismo-y-sus-consecuencias-para-madrid-y-para-espana/>
- PAYNE, S. G. (1991). *Nationalism, Regionalism and Micronationalism in Spain*. Journal of Contemporary History, 26(3), 479–491. <https://doi.org/10.1177/002200949102600307>
- RAIM, L. (2017). *La derecha “alternativa” que agita a Estados Unidos*. Nueva Sociedad, 267, 53–73. <http://search.proquest.com/docview/1878759914/fulltextPDF/F707F3CB191A442CPQ/23?accountid=14542>
- RIVAS VENEGAS, Miguel. (n.d.) *Paraísos difíciles: Retórica y comunicación política del fascismo clásico y las nuevas derechas contemporáneas*. Universidad Autónoma de Madrid.
- SEMÁN, Ernesto. (2017). *Trumpismo: una minoría de masas*. Revista Nueva Sociedad No 268, Marzo-Abril de 2017, ISSN: 0251-3552.
- TOURAINÉ, Alan (1998). *El nacionalismo contra la nación*. Revista Sociológica, vol. 13, núm. 38, Septiembre-Diciembre, 1998, pp. 177-201. Universidad Autónoma Metropolitana. Distrito Federal, México.
- URQUIZA, Fernando Carlos. (2014). *Liberalismo, republicanismo y democracia en el siglo XIX: Un largo proceso de conflicto, resignificación y acercamiento*. Vol. 25,

Cartapacio de Derecho, Facultad de Derecho, UNICEN, ISSN 1850-0722.  
Universidad Nacional del Centro, Argentina.

ZARETSKY, Eli. (n.d.) *La psicología de masas del Trumpismo*. Constelaciones: Revista de Teoría Crítica. Número 10 (2018). ISSN 21729506.